

los tiempos de Agrippa este caudal inapreciable, dieron nombre á un santuario muy célebre junto á la fontana misma: á la iglesia, que se dijo de Santa María *in Fornica* y ahora de Santa María *in Trivia*, cuyo origen se debe á la especial devoción de Belisario: los dos primeros versos de la antigua inscripción en mármol, que se conserva en el muro lateral, dicen así:

*Hanc vir patritius Vilisarius urbis amicus
Ob culpæ veniam condidit Ecclesiam.*

Otras iglesias y monumentos notables no lejanos del Quirinal, ni ajenos á la region de *I Monti*, habrémos de recorrer en nuestra visita á la próxima colina Viminal. En las calles que separan el monte de Quirino de la region Colonna, que llega al Pincio, y comprende una parte del antiguo campo de Marte, tambien abundan los monumentos religiosos; entre ellos merecen mencion San Silvestre *in Capite*, que es una antiquísima iglesia, cuyo origen se remonta al siglo III, á la época del Papa Dionisio I y de los emperadores Valeriano y Galieno, y que guarda entre sus reliquias y objetos preciosos la cabeza de San Juan Bautista y una imágen del Salvador, que por tradicion se cree ser aquélla que el Papa San Silvestre envió á Abagaro rey de Edesa.

Parece, pues, que la Roma cristiana haya tenido particular empeño en multiplicar los templos, consagrados al único culto verdadero, en aquella misma region insigne de la *Alta semita* y sus valles contiguos, en aquella colina, que guardó en sus entrañas el suplicio de las vestales, y que más tarde ostentó los templos de Rómulo (Quirino), de Fidio, de la Salud, de la Fortuna pública, de los emperadores Flavios, y por último, el pórtico y las termas de Constantino el Grande. El antiguo Quirinal era la mansion de las familias aristocráticas, de donde alguna vez salieron los reyes y los caudillos y los emperadores de Roma. El nuevo Quirinal, mucho más afortunado, es uno de los recintos, donde, con asistencia de lo alto, se designa y elige el Sucesor de los Apóstoles: la colina venturosa, desde cuya cumbre suele anunciarse al mundo católico la exaltacion y el nombre de su soberano espiritual.

EL VIMINAL.

MONUMENTOS CRISTIANOS.—RUINAS PAGANAS.

I.

Fué el Viminal entre los siete famosos montes el ménos importante en los destinos de la Roma antigua, como es el ménos determinado en la topografía de la Roma moderna. Especie de hijuela del Quirinal, la colina de los Sauces (*Vimina*), siguió la suerte de la de Quirino en la parte que á ella se acercaba, y la del monte Esquilino en la pendiente que á su campo descendía.

En lo más prominente del Viminal estuvo el ara de Júpiter, que se llamó *Vimineo* ó Viminal por el bosque de sauces en cuyo fondo se alzaba: es inútil buscar ya sus vestigios.

La plaza de *Termini*, que corresponde á la moderna region de *Los montes*, en la cual está incluido el Viminal, puede considerarse dividida en dos zonas; la menor, próxima al Quirinal, en el camino que conduce á Puerta Pía; la mayor, en la parte baja, cerca de las termas de Diocleciano, que dieron el nombre de *Termini* á la plaza: á la primera pueden asignarse la fontana del agua Felice y las iglesias de Santa María de la Victoria y Santa Susana, que ocupan acaso una parte del terreno donde se extendían los jardines famosos de Salustio. Las modificaciones, que el terreno ha sufrido, y los varios edificios

ó montones de ruinas, que en distintas épocas han cubierto aquella vasta region de la ciudad, de tal manera hacen difícil la perfecta designacion de límites, que muchos escritores de antigüedades romanas funden en una las dos colinas Quirinal y Viminal, y estudian los monumentos de ambas, bajo un solo punto de vista topográfico. No cabe duda en que las termas de Diocleciano ocuparon el valle entre el Quirinal y Viminal; éste es el monumento cierto que allí queda: aquella vasta planicie, hoy sombreada de árboles, no podria, con justicia, adscribirse á ninguna de las dos colinas con exclusion de la otra; dado el método que nos hemos propuesto de seguir el órden de los siete clásicos montes, nos hemos tomado la libertad de traer íntegra á este capítulo la plaza de Termini, con sus construcciones y sus ruinas, sin negar el derecho que á algunas de ellas pueda tener el anterior.

En la calle que conduce desde Monte-Cavallo á Puerta Pía, hállase la fontana del agua llamada *Felix*, por el nombre de pila (*Félix*) del gran Pontífice Sixto V, á quien dicen que saludó una vez Pasquino con el dictado de *Sumus Pontifex*. Fué, en efecto, una de las obras más gigantescas de aquel Papa, la traída á Roma de tan precioso caudal de agua á traves de un espacio de veintidos millas, de las cuales, quince, salvadas por medio de conducto subterráneo: el agua *Felice*, debía hacer, como si dijéramos, su entrada pública y solemne en la capital del mundo, y al efecto se construyó la fontana de Termini, con diseño de Domingo Fontana: su arquitectura consiste en una fachada de tres bóvedas, divididas por cuatro columnas jónicas, que sostienen un arquitrabe más grandioso que bello: en las bóvedas laterales hay bajo-relieves alusivos á la índole del monumento, y en la de enmedio se ve una deplorable estatua de Moisés. La escultura estuvo tan en desgracia como la historia; en el bajo-relieve de la izquierda, obra Della Porta, representa á Aaron guiando al pueblo sediento en busca del agua; pero anticipando un poco los sucesos bíblicos, el escultor viste al caudillo con hábitos sacerdotales: el otro bajo-relieve, que es de Flaminio Vacca, figura á Gedeon formando juicio de sus soldados, segun la manera como beben

el agua. El Moisés, que preside, queriendo imitar en algo al de Miguel Ángel, toca en las fronteras de la caricatura: es un Moisés, que al percutir con su vara la roca de Oreb, tiene ya en la mano las Tablas de la ley y la luz del Sinay en la frente: el autor de la estatua, Próspero Bresciano, no quiso ser ménos que el del bajo-relieve en lo de guardar la verdad histórica, sin que le arredrara esculpir el anacronismo en el propio simulacro del inspirado autor del Pentateuco. Por debajo de la estatua de Moisés y de los dos nichos laterales, se precipitan tres grandes masas de agua, que caen sucesivamente de una en otra, y en otra ancha taza, cuya base guardan cuatro leones de mármol blanco, que han reemplazado á los de basalto, que ahora están en el museo Vaticano.

Junto á la fontana del agua *Felice* está la iglesia de Santa María de la Victoria: era primero un humilde santuario erigido á los principios del siglo XVII, bajo la advocacion de San Pablo apóstol: los padres carmelitas descalzos del anejo convento hubieron de regalar al cardenal Scipion Borghese, la famosa estatua del hermafrodita (que luégo pasó á ser una de las más preciadas joyas del Louvre), y el Cardenal, agradecido, costeó la reconstruccion de la iglesia con la esplendidez propia de aquel ilustre purpurado. Monsieur Ampere cambia en su historia de Roma los términos de este suceso: supone que el regalo procedió de las monjas de Santa Susana, y que la fachada de esta iglesia (que lleva, por cierto, el nombre del cardenal Rusticucci), fué la reedificada por el agradecimiento de Borghese.

Es, pues, la iglesia de la Victoria una fábrica de regular arquitectura y por demas sobrecargada de adornos: se compone de una sola nave ó cruz latina y seis capillas: tiene pinturas al fresco de Juan Domingo Perugino; y sobre todo, en la segunda capilla, el hermoso cuadro del Dominiquino, que representa á la Virgen en acto de poner el niño Jesus en los brazos de San Francisco: en uno de los altares del crucero está la tan celebrada estatua de Santa Teresa de Jesus, herida por un dardo del Amor divino, grupo que muchos consideran como la obra maestra de Bernini. El ánimo queda perplejo

ante esta escultura: quien haya de juzgarla tan sólo bajo el aspecto artístico, la encontrará acaso amanerada, excesivamente bella en todos los pormenores; pero de cierto, una gran obra: los que imbuidos, casi desde la niñez, en la lectura de los libros de Santa Teresa, y aún en el estudio de su carácter, nos aproximamos á la estatua de Bernini, sin negar el mérito del escultor insigne, tardamos mucho en reconocer en su mármol á la mística autora de las *Cartas*; la época de Bernini, y aún su manera artística, no eran ciertamente las más á propósito para interpretar con el cincel y las formas, el dulce espiritualismo de nuestra santa é inspirada Doctora.

A muy pocos pasos de Santa María de la Victoria está la iglesia de Santa Susana, cuyo origen sube á los primeros siglos, y recuerda nombres esclarecidos en los anales de la virtud: San Gabino, padre de la Santa, y el Papa San Cayo, su tío; sus dos casas, que estaban allí contiguas, fueron convertidas en templo, que se llamó, por tanto, Santa Susana *ad duas domos*: hoy es un templo notable, reconstruido á principios del siglo xvii á expensas del cardenal Rusticucci, con arquitectura poco feliz, de Maderno: los frescos de la única nave, que representan la historia de la hebrea Susana, pertenecen á un pintor de la escuela boloñesa, Baldasare Croce: por dos rampas de escalera se baja al altar de la Confesion, donde reposan los cuerpos de Santa Felicitas y sus hijos, mártires, depositados en el siglo ix por el Papa Leon III. La capilla de la izquierda, erigida por una dama romana, Peretti, hermana de Sixto V, es rica en mármoles, en pinturas y en reliquias: en el muro de la derecha está el sepulcro del escultor Felipe Valle, que murió en 1777: á la izquierda, en el suelo, hay una humilde lápida, que contiene el epitafio de un artista español: yacen allí los restos de D. Francisco Preciado, natural de Sevilla, pintor, que falleció en 1789, y que al cargo de Director de la Academia española, en Roma, habia añadido el honorosísimo de presidente de la pontificia de San Lúcas.

La cumbre del Viminal, un tiempo coronada por el ara de Júpiter, rica en estatuas como las de los poetas griegos, que posee el museo Vaticano, orgullosa luégo con las termas de

Olimpiades, ostenta hoy la iglesia de San Lorenzo *Panisperna*, construida en el lugar mismo donde aquel diácono español sufrió el martirio el dia 10 de Agosto del año 258.

Es, sin duda, San Lorenzo una de las más bellas figuras de los primeros siglos cristianos. Seis iglesias hay en Roma consagradas á su culto: la veneranda Basílica de San Lorenzo, fuera de los muros, de la época de Constantino; San Lorenzo *in Lucina*, junto al Corso; San Lorenzo *in Damaso*, al lado del palacio de la Cancillería; San Lorenzo *in Miranda*, en el que fué templo de Antonino y Faustina; San Lorenzo *in Fonte*, en el antiguo *Vico Patricio*, falda occidental del Esquilino Cispio, donde el jóven levita convirtió y bautizó á San Hipólito, iglesia reedificada en el siglo xvi por el cardenal español Alvarez de Toledo, y, en fin, la del Viminal, que se denomina *in Panisperna*, por el nombre de Perpenna, mujer de Helpidio, escrito en una antiquísima lápida allí encontrada: la fábrica primitiva es anterior al siglo viii: puesto que un documento de la época da ya noticia de la iglesia *Sancti Laurentii in Formonso ubi ille assatus est*: en los siglos xiv y xvi fué restaurada y embellecida con algunas pinturas.

II.

Si las tristes vertientes y estrechos valles del Viminal no tienen para el estudio histórico de la Roma pagana el interes, que despierta el Capitolio ó el Palatino, para la historia de la Roma cristiana tienen una importancia de primer orden: allí está, puede decirse, la casa solar de los neófitos, que abren la marcha gloriosa de los mártires. En aquella region vivieron las piadosas mujeres, que en el siglo ii aparecen como heroínas de la caridad, contrastando con el espectáculo de los vicios y las liviandades de las matronas del imperio. La familia del senador Pudens habitaba en el *Vicus Patritius*; se componia de dos hijos, Novato y Timoteo, y de dos hijas, Práxedes y

Pudenciana. Aquella ilustre familia tuvo la dicha de hospedar á San Pedro en su palacio en el año 44. Siete años moró allí el Príncipe de los apóstoles: allí celebró los divinos misterios: allí consagró obispos á Lino y Cleto, que despues le sucedieron: allí probablemente ocupó la silla de marfil, que hoy, cátedra santa, se venera en la Basílica del Vaticano.

No pasaron muchos años sin que una parte de aquella casa se convirtiera en oratorio por San Pío I, á ruegos de Santa Práxedes: tal fué el origen de la iglesia de Santa Pudenciana, que todavía se conserva con el pozo, donde es tradicion piadosa que las santas hermanas depositaron las reliquias de innumerables mártires. No léjos, en el Esquilino, aparece la iglesia de Santa Práxedes, tambien de los primeros tiempos, en la cual se venera una columna traída de Jerusalem en el siglo XIII por el cardenal Colona, y que allí se creía ser la misma, á que estuvo atado el Salvador, cuando fué flagelado por los judíos.

No es posible recorrer sin profunda emocion aquellos lugares, por donde positivamente pasaron tantas veces San Pedro, San Pablo, San Justino, y muchos otros santos y mártires; verdaderos fundadores del reinado de la paz y de la civilizacion. La capilla del *Pastor*, en Santa Pudenciana, que fué quizá la habitacion del Príncipe de los apóstoles, conserva un altar de madera, donde San Pedro celebró el sacrificio instituido por su divino Maestro: una sencilla inscripcion lo dice: *In hoc altare Sanctus Petrus pro vivis et defunctis ad augendam fidelium multitudinem corpus et sanguinem Domini offerebat.*

El triunfo de la verdad sobre el error no podia ser más evidente: en medio de las grandezas y de las locuras del imperio, el palacio de un patricio viene á ser templo de la castidad y de la oracion; una familia de nobles romanos se consagra al servicio de los indigentes y recoge con caridad los despojos de los mártires, que los verdugos ó las fieras han dejado sobre la arena del Circo ó del Anfiteatro. En la inmediata colina del Esquilino, San Pío I consagra sobre las termas de Novato, en el *Vicus lateritius*, la iglesia de Santa Práxedes: y sobre las ruinas de las termas domicianas, que tambien se llamaron de

Tito y de Trajano, el Papa San Silvestre erige un oratorio subterráneo, que, andando los siglos, será la magnífica iglesia de San Martin en los Montes.

Véase, pues, como si el Palatino y el Capitolio han podido gloriarse de ser cuna de la Roma de los reyes y de los cónsules y de los emperadores, á las humildes vertientes y á los valles del Viminal y el Esquilino corresponde el más alto timbre de haber sido la primera residencia de los santos, el solar insignie de la Roma de los mártires.

La casa del senador Pudente y la interesante historia de sus hijas constituyen la primera página de un gran libro: el primer canto de un gran poema, que comprende las glorias cristianas de los siglos de las persecuciones: capítulo de ese libro, cuadro de ese poema, es la preciosa y siempre nueva leyenda del cardenal Wisseman, que se llama *Faviola*.

III.

Los restos, y aún las señales del ara de Júpiter Vimíneo han desaparecido, como tambien los del templo de Silvano, y del lavacro de Agrippina. La altura y las pendientes del Quirinal apénas dan ya testimonio del paso de los primeros Césares ni de la república; no se hable de las edades ante-históricas: tan sólo de la época más aciaga del imperio quedan en el antiguo valle, que unia el Quirinal y el Viminal, unas ruinas gigantescas, hoy levantadas y ennoblecidas por la mano de la religion; son las ruinas de las termas de Diocleciano, si no las primeras, las más grandes y espaciosas que en la capital del mundo se conocieron; hoy sus rotas bóvedas y sus derrumbados paredones son el primer monumento con que la grandeza pasada saluda al viajero, que por los caminos de hierro llega á la Ciudad Eterna.

El lujo de los baños habia tocado en los límites de lo increíble. Esta ciudad, decia Olimpodoro, consta de millares de ca-

sas, de las cuales cada una pudiera ser una ciudad, pues que contiene dentro de sí circo, foros, templos, fuentes y baños diversos. Á los baños privados sucedieron pronto los públicos, cuya construcción se debió á Agrippa. Á principios del siglo v, es decir, al aproximarse la ruina total del imperio y el mayor apogeo del circo Máximo, las principales *thermas* públicas (que así se llamaron los baños, por imitación helénica), existentes en Roma, eran: las de Agrippa, las de Neron, las de Tito, las de Severo, las de Caracalla, las de Eliogábalo, las de Olimpiades, las de Filipo, las de Diocleciano, y las de Constantino.

De todas ellas, las de Caracalla fueron las más suntuosas; sus ruinas, al pié del Aventino, ofrecen aún idea bastante exacta de la disposición y lujo de aquellos edificios, para donde millares y millares de romanos se daban cita diariamente, ávidos de entregarse á los placeres de la conversacion, del juego y de los espectáculos, al abandono del más repugnante y desenfrenado sibaritismo. Cuando en nuestra rápida peregrinacion por la Roma antigua visitamos los restos imponentes de las *thermas* de Caracalla, ménos desfigurados é informes que los de éstas de Diocleciano, tuvimos ocasion de adaptar á cada una de aquellas mansiones solitarias, donde apenas crece la hierba ni vienen á cantar las aves, los diversos pórticos, salas y galerías, que fueron admiracion de los siglos, y hoy son montones de escombros.

Diocleciano quiso construir unas *thermas* que excediesen en proporciones á todas las conocidas; si en las de Caracalla habian podido bañarse á la vez mil seiscientas personas, para un doble número tendrán anchura y mármoles y agua las del implacable perseguidor de los cristianos. Cuarenta mil de estos infelices serán forzados á trabajar dia y noche en esta inmensa fábrica. La parte que se ha salvado de la destrucción sirve para completar la planta del edificio: era un paralelogramo de 1.300 y 1.200 piés de longitud en los lados respectivos; la gran piscina, abastecida del agua Marcia, tenía más de 100 varas de larga por más de 33 de ancha; tres magníficos órdenes de pilastras la rodeaban; un teatro en forma de semicírculo, con

veinte y siete nichos de estatuas, alternativamente rectilíneos y curvilíneos, ocupaba el lado meridional: un anchuroso pórtico daba ingreso á la sala Redonda, otros pórticos y otras aulas de diversa hechura, resplandecientes de mármoles, y ornados con riquísimos objetos de arte, servian de paseos, de biblioteca, de Pinacoteca, de salas de lectura, juego, ejercicios atléticos, baños de vapor: bosques artificiales, fuentes y cascadas aumentaban la amenidad y material encanto de aquel gigantesco palacio amasado con lágrimas y con sangre; testimonio elocuente de un sensualismo, que mata por instantes al imperio.

Tales fueron las *thermas* de Diocleciano y Maximiano: aunque la irrupción en Roma de las feroces huestes de Alarico por la puerta Salaria y los famosos jardines de Salustio, lugares inmediatos á las *thermas*, producirían en éstas el estrago de que pocos edificios de la Roma imperial se libraron; á fines del siglo v estaban restauradas y en uso, á juzgar por unos versos de Sidonio Apolinar. En los trastornos sucesivos, en las convulsiones de la Edad Media, conocida es la suerte del imperio y de sus obras, y conocidos los horribles combates y saqueos, que Roma sufrió, y que convirtieron en montones de piedra y tierra innumerables monumentos arquitectónicos, y en armas ofensivas las estatuas griegas, arrojadas en pedazos á la frente de los invasores. Las *thermas* de Diocleciano, como tantos grandes edificios de la Roma antigua, no podian ofrecer en el siglo de la restauracion otro aspecto que el de un gigante caido, que apenas conserva fuerza para sostener el cuerpo flaco y moribundo sobre el tembloroso brazo en que lo apoya. Aquel imperio, aquella civilizacion de los circos y de las *thermas*, habian desaparecido para no volver. De entre los muros rotos de un vasto palacio de deleites, construido por cristianos cautivos en dias de amargo duelo para la Iglesia, recogió el siglo xvi con piadoso amor al arte, retratos, inscripciones y cuanto pudiera servir á la comun ilustracion; el espíritu religioso hizo más todavía. El furor de los tiempos y el de los hombres habia perdonado una de las magníficas salas de las *thermas* de Diocleciano; conservábase su admirable bóveda; manteníanse sus ocho columnas de granito oriental, las mayores que hasta